la S. Fernando apenas tomada á un D. Gonzalo Yañez de Navoa, maestre de Calatrava, á un D. Alvar Perez de Castro, señor de Paredes, á un D. Tello Alonso, hijo del Señor de Meneses, á caballeros ya célebres por sus hazañas y su aventurado arrojo; y la ilustraron estos no solo con sus repentinas invasiones en pais enemigo, sino con la defensa que hicieron de ella acometidos sin cesar por los reyes de Granada. Hasta las damas de estos guerreros supieron sostenerla con gloria contra los ejércitos infieles. En 1238 presentóse El Ahmar ante sus muros cuando no habia quien la defendiese, cuando estaba Perez en Castilla, Yañez en Baeza y Tello Alfonso en algarada, y no pudo sin embargo estender sobre ella sus armas vencedoras. D.ª Irene, esposa del de Castro, escribió resueltamente á Tello que se dejase caer cuanto antes sobre la villa, y en tanto mandó ocupar los adarves por sus dueñas y doncellas. Hizo trocar á todas la toca por el almete y la aguja por la espada; y ella la primera presentó entre las almenas el pecho al enemigo. Aprendamos á ser dignas de nosotras y de nuestros dueños, antes muertas que cautivas, esclamó, y se preparó con brio para la defensa.

Afortunadamente El Ahmar, que vió por momentos brillar en los muros mayor número de celadas, receló, desconfió, y no se atrevió á dar el asalto. Llegó entre tanto Tello, seguido de Vargas y un reducido séquito de hidalgos, buscó por donde romper el cerco, se abrió osadamente paso con su lanza y alcanzó al fin las puertas de la villa, aunque dejando regado el camino con la sangre de Padilla y otros soldados. Vacilaba por de pronto Tello en atacar el campamento de los infieles, mas le decidieron á poco las palabras enérgicas de Vargas, que achacando á mengua indigna de hidalgos el temor de perder sus vidas, se mostró resuelto á morir como caballero antes que, dejando en peligro á Martos y á la Condesa, presentarse sin honra ante Alvar Perez y ante S. Fernando (1).

Ese arrojo de Vargas y de Tello fué decisivo. Retiróse la Condesa al verlos creyéndose ya salvada, cobraron muchos brios las tropas que defendian la Peña y amenazaron el campo moro; y El Ahmar se vió en breve obligado á levantar el cerco abandonando del todo una empresa de cuyo buen éxito dependia la paz y la seguridad de las

(1) Seguimos en la relacion de este hecho la Historia General.

JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERIA DE CULTURA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

fronteras de su reino. Fué todo luego regocijo y animacion en Martos; pero no tardó en venir de nuevo á cubrirla de luto la muerte de Alvar Perez, tras la cual fué dada á la Orden de Calatrava, con todos los pueblos de su Arciprestazgo, para que sus freires la defendiesen sin cesar contra los moros. Tenian los reyes granadinos fija siempre la vista en esa peña escarpada que era para ellos el mayor escollo; y se temia con razon que habia de salir del poder de los cristianos á no estar sujeta á la mejor espada (1).

Confirmó á poco el tiempo la justicia de estos recelos. Cercaron de nuevo á Martos los moros gazules en 1244, mientras estaba S. Fernando en Córdoba y el príncipe D. Alonso en la vega de Granada, y la hubieran probablemente vencido, á no ser el arrojo de Juan Perez, comendador de Calatrava, que, cuando apenas se hallaba con fuerzas para defender el castillo, se armó de todas armas, montó en su caballo de guerra, se puso á la cabeza de algunos freires, y cayó tan precipitadamente y con tanto ímpetu sobre los sitiadores, que los acuchilló, derrotó é hizo levantar el cerco, obligándoles á dejar el campo cubierto de vituallas, armas y cadáveres. Eran los gazules bravos y en gran número, y hubiera sido difícil arrojarlos de las murallas de la villa sin uno de esos hechos heróicos de que tan á menudo solian dar ejemplo caballeros que habian consagrado su vida ante los altares de Dios en defensa de su religion y de su patria.

Mas no escarmentaron aun los moros. Ayudados por los Beni-Merines de África, llegaron en 1275 al pié del mismo Martos, y dieron en los alrededores un dia de luto al ejército cristiano. Sancho, arzobispo de Toledo é hijo del rey D. Jaime de Aragon, se arrojó imprudentemente contra ellos llevado de su celo religioso, y perdió allí la vida y la batalla. Cayó solo cautivo; pero disputándose luego africanos y granadinos á qué rey debia ser entregado, fué muerto por el arraez Aben-Nazar, que adelantándose entre los caballeros de uno y otro bando, ya dispuestos á venir á las manos, «no quiera Dios, dijo, que por un perro cristiano se derrame la sangre de tantos buenos musulmanes,» y le pasó de una lanzada. ¡Muerte fatal que llenó de consternacion las armas castellanas y fué á herir en lo mas vivo el corazon de un padre ya próximo al sepulcro! Lloráronle á Sancho cuan-

(1) De la carta de donacion en que cedió S. Fernando la villa de Martos á la orden de Calatrava hemos copiado lo mas importante en el capítulo anterior (V.).

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

tos conocieron sus virtudes; lloráronle á pesar de haber arrastrado en su caida á caballeros como Juan Fernandez Beleño, Lorenzo Venegas y Rui Lopez de Haro.

Mas desgraciada fué aun la muerte que segun muchos historiadores sufrieron cuarenta años despues en la misma villa de Martos otros dos ilustres caballeros. No fueron sacrificados á manos de enemigos, sino á manos del verdugo; y siendo inocentes, pagaron con su sangre el crímen que otros cometieron. La infamia selló su frente pura como la de los ángeles del cielo; y ellos, tan nobles de corazon como de orígen, fueron despeñados como viles, asesinados como esclavos.

Es una historia terrible la de estos hombres. Eran dos hermanos, y animados de las mismas ideas y de los mismos sentimientos, vivian bajo un mismo techo, corrian los mismos peligros, vestian sobre sus armas el mismo manto y cruz de Calatrava. Jóvenes de corazon ardiente, eran sobre todo celosos de su honor, peleaban los primeros en las batallas y no podian acabar de oir una palabra injuriosa sin desnudar la espada. Habrian combatido por su honor contra el mismo rey, y un dia que se creyeron afrentados por uno de los hombres mas poderosos de la monarquía, no dudaron en retarle y se batieron como buenos en el campo.

Él era Benavides, ellos Carvajales, familias que separaba durante siglos una rivalidad funesta. Larga y recia fué la lucha, pero salieron al fin vencidos. Llenos de tristeza y de despecho, se maldijeron á sí mismos, y llegaron á regar con lágrimas aquel lugar testigo de su vencimiento; mas no pudieron concebir siquiera el menor proyecto de venganza. Su frente rechazaba todo pensamiento innoble como su corazon todo bastardo sentimiento, y devoraron en secreto sus pesares esperando ver abierta de nuevo la guerra contra los moros de Granada, para ir á restaurar á la sombra de las banderas reales el brillo de su escudo. Comendadores ambos de su orden, creían oir la voz de Dios en los trémulos sonidos de la corneta que los llamaba contra los infieles; y hubieran tenido á mengua no pelear por la defensa de su patria.

No les cupo ya, sin embargo, la suerte de volver á blandir su espada; el destino los habia señalado por sus víctimas y les estaba preparando la copa doblemente amarga de la afrenta y de la muerte. Benavides, su rival, privaba con los reyes; y una noche al dejarlos, fué

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

acometido en la oscuridad por hombres armados de puñales que le derribaron en silencio sobre los mismos umbrales de palacio. Sabedor de la noticia el Rey, se conmovió, se enfureció é hizo resonar pronto las bóvedas de sus salones con gritos de venganza. Han muerto á mi mejor amigo, decia: han muerto al mejor defensor de mi trono; decidme dónde estan sus asesinos. Id y seguid todos sus huellas: no perdoneis sacrificio alguno para traerlos entre hierros: gota á gota he de derramar su sangre y la sangre de sus hijos. Han muerto al héroe de mi reino, y hasta en la cabeza de sus nietos he de vengar el crímen.—Mas todos seguís contemplando mudos mis tormentos, prosiguió á poco el Rey: ¿ni uno solo ha de haber entre vosotros que se atreva á señalar con el dedo al asesino?

Reinó por momentos un silencio profundo; pero á poco se alzó una voz que se aventuró á recordar el desafío de los Carvajales. ¡Recuerdo fatal! Ellos, ellos son los traidores, esclamó al punto el monarca; aborrecian de muerte á Benavides y le han entregado al puñal de los bandidos. La gloria y el esplendor de este hombre les atormentaba y le han hecho morir, le han hecho morir en medio de la oscuridad, en los sombríos umbrales de mi mismo alcázar. Corred y arrancad de sus hombros el manto de Calatrava; he de tomar de ellos una venganza que haga estremecer á los nacidos. Han manchado de sangre mi palacio, han muerto al mejor de los hombres, han arrebatado de mis brazos al súbdito que tenia mas cerca de mi trono; ¿qué castigo podrá haber en la tierra que pueda igualar su crímen? Yo os pido consejo á todos los que honrais mi corte y lamentais mi desventura, ¿á qué muerte no se han hecho acreedores los infames? ¿qué hariais de esos bastardos Carvajales?

Todos oyeron con atencion al Rey; pero pálidos y desconcertados permanecieron como las estátuas de un sepulcro. No se atrevieron á proferir ni una palabra, y llegaron á turbar con su silencio al mismo monarca, que estuvo algunos instantes con los ojos fijos en el suelo y la cabeza doblada sobre el pecho. Pero el Rey estaba exasperado por el dolor, y no podia apartar ya de su frente la sospecha. ¿Amais aun á los Carvajales? dijo; traidores como ellos son indignos del amor de un caballero. Deshonraron la nobleza, y hasta la tierra que huellan los rechaza. Han abierto su tumba con sus propias manos; pero no merecen que los sepulten en ella sino las manos del verdugo. Han de

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

morir, han de morir, esclamó, y en un cadalso he de vengar á Benavides.

Preocupado desgraciadamente el Rey por esta idea, no vió luego llegada la hora de su venganza. Partió con su ejército para Jaen, cayó como el rayo sobre Martos, mandó prender á los dos hermanos y los condenó sin oirlos á ser precipitados desde lo alto de la Peña. En vano protestaron contra tanta iniquidad los sentimientos de todo un pueblo, los suspiros y maldiciones de toda una familia, las sentidas quejas de los comendadores, que sin cesar alzaban la voz al cielo invocándolo por testigo de su inocencia; cerró á todo sus oidos y no escuchó ni recibió hasta ver ya llevada á cabo su voluntad y dejar aplacada como él creía la sombra del desgraciado Benavides.

Tuvo lugar la ejecucion al nacer el dia. ¡Ay! el mismo cielo pareció tomar parte en el duelo que reinaba en Martos. Nubes negras como la noche cerraban el paso en oriente á los rayos del sol; nieblas agitadas ligeramente por las auras iban cubriendo las verdes faldas de los cerros del contorno. La naturaleza misma estaba sumergida en el silencio: no se oía una sola voz, y ni los hombres se atrevian á desplegar los labios. Salieron á poco los dos hermanos y fueron conducidos entre lanzas á uno de los ángulos de la Peña; mas el pueblo, que los vió desde la llanura, lloró, no profirió ni una palabra. Solo las mismas víctimas pudieron ya interrumpir ese silencio tan solemne. Puestas al borde del abismo, protestaron aun acerca de su inocencia; y al verlo todo mudo en torno suyo, firme la voz y sereno el semblante, «injusto Rey, esclamó uno de ellos, el crímen aun no ha podido manchar la frente de los Carvajales á quienes condenas á muerte; con la espada del valiente y no con el puñal del bandido han derramado siempre la sangre de sus enemigos. Benavides les habia ofendido, mas fué víctima de la venganza de hombres inicuos, no de los Carvajales, que han conservado siempre el honor de caballero. Nos has condenado á muerte y no la tememos, pero has mancillado tambien nuestro honor, y ¡tiembla, ó Rey, si nos han sacrificado tus pasiones! porque para ante la justicia eterna apelamos de tu fallo, y para ante el trono de Dios te emplazamos dentro de treinta dias. Nos juzgará á todos el Señor, y si eres tú el criminal, ¡despeñado seas de los piés de su solio con la espada de fuego de los ángeles, como vamos á serlo nosotros en este monte por las manos de tus verdugos!»

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA

Doblada luego la rodilla levantaron al cielo ojos y manos los dos comendadores, y oraron fervorosamente. Levantáronse murmurando aun palabras santas, entraron en una caja de hierro que cerró el verdugo, y dada á poco la señal, rodaron monte abajo, con el estrépito del trueno que oimos retumbar sobre lejanas cumbres. Saltó al principio la caja de roca en roca lenta y pausadamente; mas aumentando á cada instante en velocidad y en fuerza, amenazó arrastrar tras sí cuanto encontraba al paso. No se detuvo ni en la raiz del monte; rodó aun largo trecho en la llanura.

El pueblo acudió á poco en tropel á rodear aquel fatal instrumento de muerte; mas al ver magullados y cubiertos de sangre los cadáveres, no pudo menos de exhalar de su pecho un grito de indignacion que fué acompañado de sollozos y abundantes lágrimas. Hombres, mugeres, niños, todos lloraron amargamente sobre los dos hermanos; habian visto brillar siempre en sus dulces y serenas facciones la nobleza de corazon y la paz del alma, y presentian que eran inocentes, que eran víctimas de la cólera del Rey y de las leyes de un bárbaro destino. Manifestaron por ellos los allí presentes tanto interes, que apenas sabia nadie separarse de aquel recinto, solo abandonado cuando la religion recogió aquellos cuerpos desfigurados y los guardó bajo la losa del sepulcro.

El Rey sin embargo permaneció aun impasible. Se le repitieron las palabras pronunciadas por los comendadores al pié del abismo; pero las oyó con sangre fria, y salió tranquilo al rayar la nueva aurora para ir á cercar con sus propias armas Alcaudete. ¿Podia, empero, dejar de recordar interiormente tan terrible aplazamiento? No logró llegar á Alcaudete, enfermó en el camino y tuvo que retirarse á la ciudad de Jaen, donde á los treinta dias amaneció muerto (1).

(1) Casi todos los historiadores estan acordes sobre este hecho; pero ninguno cita un solo documento en que directa ni indirectamente conste tan terrible violacion de las mas santas leyes. Deseosos de aclarar la verdad, pasamos desde Jaen á Martos, lugar donde se da por acaecida la catástrofe; mas desgraciadamente nada pudimos adelantar á pesar de haber examinado con detencion todos los archivos de esta villa, faltos generalmente de toda clase de datos históricos. El archivo municipal no contiene absolutamente nada: el parroquial no tiene tampoco escritura alguna en que se vea siquiera consagrado un recuerdo religioso á la muerte de los infortunados Carvajales. Creimos que tal vez en el de la Encomienda de Calatrava podriamos suplir este vacío; pero disipó tambien nuestras esperanzas su archivero D. Isidoro de Luque, que nos aseguró no haber encontrado relativo al suceso sino el deseo manifestado muchas veces del siglo XVI acá por los visitadores de la Orden de erigir un sepulcro para los

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA



P.C. Monumentos Históricos
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCÍA
eneralife

Dib.º del natl. y litº. por F. J. Parcerisa.

Lit. de J. Dor...

LA PEÑA DE MARTOS.

(desde la cruz del lloro.)

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

Así brilló en la tierra la inocencia de los dos comendadores, de cuyos recuerdos está lleno aun todo el pais de Martos. Manifiestan en él hasta los niños el lugar donde fueron despeñados, el sitio donde cayeron y lloró el pueblo, el balcon desde el cual contempló Fernando IV tan sangrienta escena, el templo donde estan guardadas las cenizas de esos dos hermanos. Sobre el lugar donde cayeron hay una cruz de piedra, que en memoria de las lágrimas derramadas por el pueblo, se llama aun hoy la Cruz del lloro: la peña, alta y escarpada, conserva todavía en la cumbre restos de muros y torreones que va abriendo la yerba y desmoronando el hálito de los siglos, y hasta en esas ruinas llega uno á creer que ve impresas las huellas de ese acontecimiento. Solitario y desierto todo en torno del viajero, cuando muge con furia el viento se cree aun oir la caida de la caja entre las rocas. El castillo, todo el castillo está lleno de la sombra de los comendadores.

Murieron los Carvajales en 1310, y diez años despues Martos era ya testigo y víctima de otra desventura. Cayó entonces esclava de Ismail la que una débil muger habia podido defender años antes contra las armas de El-Ahmar, el primero y el mas poderoso de los reyes de Granada. Ismail, viendo en ella el azote de sus fronteras, habia jurado sepultarla entre ruinas; y al pasar á cercarla, no cesó de combatirla hasta ver allanadas las murallas y las torres, y muertos entre los escombros los mejores caballeros que la defendian. Se arrojó con ímpetu á las brechas, la invadió lleno de cólera, y pasó hasta mugeres y niños por el filo de la espada. Todo lo mató, todo lo

dos comendadores. En la iglesia de Sta. Marta hay una inscripcion que habla del hecho; pero está escrita en el siglo XVI como se ve por su mismo contexto: «Año de 1310 por mandado de el rey D. Fernando IV de Castilla, el Emplazado, fueron despeñados de esta peña Pedro y Juan Alonso de Carvajal, hermanos comendadores de Calatrava, y los sepultaron en este entierro.—D. Luis de Godoy y el licenciado Quintanilla, caballeros del Hábito, visitadores generales de este partido, mandaron renovarles esta memoria año de 1595 años.» Esta carencia absoluta de documentos ¿no puede cuando menos inducir á duda? El hecho es raro, estraordinario; y merece mas corroboracion que otros para que se le pueda dar entero crédito. Hay mas: todos los autores dan por simplemente precipitados de la Peña de Martos á los Carvajales; y ninguno de ellos se ha hecho cargo de que esta peña no es por ningun punto tan escarpada que pueda por la sola rapidez de su pendiente producir la rotacion y muerte de ningun cuerpo humano. Estamos lejos de negar este suceso apoyado por el testimonio de muchos escritores de criterio, aunque no por el de ningun autor contemporáneo de Fernando IV; pero hemos de confesar que no nos merece entera fé. Lo consignamos en el texto; pero como una tradicion que está aun viva en el pais, como una leyenda poética, no como un hecho rigurosamente histórico.

JUNTA DE ANDALUCIA
P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

destruyó, todo lo cubrió de humo y sangre. Si algo quiso perdonar, no quisieron perdonarlo sus soldados. Entró en lo mas sagrado del hogar doméstico, y sacrificó á sus hijos en el regazo de sus madres, á los padres entre los brazos de sus hijos. Nadie, casi nadie escapó de su furor, sino los que pudieron guarecerse en el castillo.

Mohamed ben Ismail, de mejor corazon, se esforzó en detener tanta matanza, pero casi siempre en vano, mientras no tiró del alfange contra los mismos moros. Tuvo que pelear á brazo partido, tuvo que arriesgar su vida si quiso arrebatar de las manos de la muerte á los que vió con horror amenazados con la espada. Mas logró al fin salvar á muchos inocentes, logró salvar á caballeros esforzados que acababan de medir con él sus armas, logró salvar á una jóven infeliz que constituyó de pronto su ventura y fué mas tarde su tormento.

Estaba dotada la cautiva de la mas rara hermosura; y enamorado ciegamente Mohamed, no solo quiso llevarla consigo, sino que la ofreció su mano, su corazon y las ciudades y villas de su padre. Le pintó con vivos colores un porvenir lleno de gloria y de poesía, le abrió su pecho que sentia palpitar por ella, y le reveló fuerzas hasta para conquistarle una corona. Fué correspondido, y no hallaba luego palabras con que encarecer su suerte. Las huries del Profeta, decia, no son tan bellas como mi cautiva, ni los jardines que les prestan sus sombras mas hermosos que los valles de mi patria. ¡Bendito sea Alá que me permite así gozar en vida del cielo que prometió solo á los muertos! ¡Feliz, feliz la hora en que te vi, cautiva mia! Viviremos juntos bajo techos de oro, y todo estará á mi alrededor perfumado por el aliento de tu boca. Tus manos templarán el ardor de mi frente al volver de las batallas; tus dulces palabras adormecerán mis pasiones exaltadas. Respiraremos solo amor y latirá acorde el corazon de entrambos. Un mismo sueño nos cerrará los ojos, y un mismo cuidado los abrirá á la luz de la mañana. Cautiva, cautiva mia, como yo te libré de la muerte, me librarás tú del tedio y la amargura.

Todo lo miraba ya risueño y encantador Mohamed; mas ¡ay! no eran sino sueños lo que veia. Ismail, su rey, que oyó celebrar la hermosura de la cautiva, la destinó para su serrallo; y fueron vanas las quejas de Mohamed, vanas sus súplicas, vanas tambien sus amenazas. Abandona si te place mi corte, le dijo al fin Ismail, vé y

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA

ofrece tu espada á los rebeldes. Tu furor se estrellará al pié de mis armas, como el de cuantos resistan á mis leyes. Vé, jóven imprudente, no temo tus amenazas impías. Arma tus deudos, arma todos los pueblos de tu padre, llama en tu ausilio á los infieles; el ruido de tus lanzas no llegará al Alhambra ni logrará turbar mi sueño.

Estremecióse de cólera Mohamed, mas debió humillarse por de pronto al rigor de su destino. Ya de noche, montó triste y silencioso en su caballo, abandonó Martos, á la que apenas podia no volver los ojos, y solo y sin mas compañero que su dolor, tomó el camino de Granada agitado su corazon por los mas contrarios sentimientos, y turbada su cabeza por los mas sombríos proyectos de venganza. No podré arrebatarle mi adorada, iba diciendo para sí, pero le arrancaré el alma con mis manos. Tinieblas que me rodeais, vosotras que meceis y arrullais en vuestro seno los mas negros crímenes, ¿por qué no habeis de inspirarme á mí el mas espantoso, el mas sangriento? Ismail ha desgarrado mis mas dulces esperanzas, ha hollado sin piedad mi corazon; ¿por qué no me llevais en los pliegues invisibles de vuestro manto, y no me deslizais junto á su lecho con el alma de un bandido? La sangre de un traidor no debe manchar mi espada; solo el puñal puede herir sin desdorarse el pecho de un infame.

Llegó á Granada al rayar el dia; mas ¿qué podia hacer ya en Granada el herido Mohamed sino languidecer mas y mas de amor y sentirse morir de celos y melancolía? No hallaba palabras sino para referir su desventura; y solo dispertaba de su triste ensueño si alguno de sus deudos se ofrecia á favorecer sus proyectos espantosos. Pensaba dia y noche en Ismail; y cuando le vió entrar en la ciudad aclamado con entusiasmo por la muchedumbre, pensó morir de cólera y despecho. Vé, tirano, esclamaba, vé, y goza de tu tesoro en las mansiones de la Alhambra; enséñale tus fuentes, tus jardines, tus salones de oro y de colores, tus techumbres brillantes como bóvedas del cielo. Sobre los pavimentos de tu mismo alcázar he de derramar tu sangre. Aguzad, aguzad las dagas, amigos todos que aborreceis el crimen, cubrid el pecho con jacerinas, y ocultad en lo mas profundo de vuestras almas vuestro pensamiento de muerte. Va á sonar la hora de Ismail, y ha de pagar con la vida su infame alevosía.

J. C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA
JUNTA DE ANDALUCIA